



Desde las entrañas

Nos faltan muchos años para vivir una Colombia en paz, pero la experiencia del lugar ya está cambiando. La guerra lleva más de 50 años desplazándonos y ocupando nuestro territorio, sin embargo, es la primera vez en la historia que con el “Acuerdo de Paz” y el posterior reagrupamiento de la guerrilla en algunas zonas acordadas, estamos empezando a movernos con cautelosa libertad, conectando lugares que eran prohibidos unos años atrás.

Esto no quiere decir que mágicamente ahora nos podamos desplazar por todo el país sin problema, pero la disculpa de la guerra como la conocíamos ya no es válida, no aplica. Por esto la experiencia del lugar está cambiando.

El borde parece ser el mismo, pero los límites al interior y las rutas se están modificando, y con ello el conocimiento que tenemos del lugar, desde La Guajira hasta la selva amazónica, y desde el Pacífico hasta la Orinoquía. Somos mestizos, afro descendientes, indígenas, blancos y mulatos, somos ritmo, somos trópico, ríos, selvas y montañas. No solo habitamos en las ciudades, también somos cazadores, recolectores y pescadores. Somos arquitectos del territorio que habitamos y del nuevo que se ocupará a la luz de la legalidad.

Seguimos siendo ese punto de desconexión en el mapa –Tapón del Darién– donde hacen falta 112 km de carretera para darle continuidad a la Ruta Panamericana, que une desde Alaska hasta la Patagonia, un claro ejemplo de lo compleja que es nuestra geografía, y de cómo el conflicto armado saca ventaja de ella.

Después de la guerra viene la reconstrucción, y seguramente pasarán décadas para ver cómo nos sale. Ahora tenemos la oportunidad de construir nuevas cartografías comprometidas con las características de cada lugar, de toda esa mezcla de la que venimos, con los materiales, con la cultura, con los recursos naturales, pensando en la presencia física del tiempo en la ciudad y en el campo.

Las variaciones de la tierra, y la manera como la conectamos y la habitamos, resulta ser el común denominador entre tanta heterogeneidad. No deberíamos hablar de arquitectura sin referirnos al lugar y a los materiales propios de este y, si no conocemos nuestro territorio entonces ¿de qué tipo de arquitectura estaríamos hablando?

Esta es una pequeña selección a la que hemos llegado, considerando todo lo que sucede en un país como Colombia. Pocas obras en diferentes lugares, variadas en su geografía, contexto y tipología. Tanto la experiencia de la ciudad, como la del campo son bienvenidas.

Transecto

Empezamos en la fría y extensa sabana de Bogotá, vista en diferentes escenarios, primero un proyecto de vivienda –de interés social– en pleno centro histórico y tradicional donde los lienzos en blanco ya no existen. Luego al Occidente de la ciudad un equipamiento educativo que se convirtió en referente para la comunidad y, por último, desde un barrio de borde urbano-rural en la localidad de Ciudad Bolívar, un poco de entretenimiento con una sala de cine autogestionada.

Más al sur, en la parte baja de la cordillera occidental –un bosque seco tropical al sur de Cali–, en el municipio de Jamundí, una vivienda de ladrillo donde sus muros fueron perforados para que la luz y la brisa hicieran parte de ella, con diferentes ángulos y longitudes entre espacios.

Luego imaginemos el eje del río Magdalena. Al norte, en el departamento de Bolívar, la recuperación de la Albarrada de Mompox, un proyecto cultural y de espacio público, de paisaje de inundación y patrimonio de la humanidad en la depresión momposina. Más hacia el sur, sobre el mismo río Magdalena, en un bosque húmedo tropical de Puerto Triunfo (Antioquia), una estructura en concreto a la vista para un equipamiento educativo en un edificio regular y compacto, así como la trama de su entorno.

Muy cerca de Medellín, en Bello, en un barrio obrero que se ha densificado, una casa entremedianeros en un lote estrecho y profundo que desplaza los muros hacia los costados, originando el espacio central –el vacío– para así proporcionar lugares continuos muy bien iluminados y ventilados.

Y cerramos con Vigía del Fuerte, un municipio entre Chocó y Antioquia, sobre el río Atrato, muy cerca al Tapón del Darién, justo antes de llegar al mar, en medio de la selva húmeda tropical donde llueve todos los días. No es posible llegar a Vigía por tierra porque no hay vías que lleguen allá, no tiene servicios públicos de energía, ni agua y tiene la capacidad portante más baja en cuanto a suelos se refiere.

Todos estos lugares se han entretreído con el territorio en conflicto durante años. En diferentes escalas, claro, algunos proyectos más expuestos que otros y unos más obvios que otros. Pero todos han sido modificados por la experiencia del lugar... ¡Bienvenidos!

Diana Herrera